

Séptimas Jornadas de Medio Oriente

“Incidencia de un actor no estatal en la política exterior de Argentina: el caso del Frente Patriótico Manuel Rodríguez”¹

Algo de Historia

El 10 de Diciembre de 1983, la República Argentina inició la difícil tarea de vivir nuevamente bajo las reglas del Estado de Derecho, no así la República de Chile, para quienes la dictadura del General Augusto Pinochet continuaba su rumbo.

Las líneas generales de su Presidencia estaban marcadas por lo que en teoría de las relaciones internacionales se denomina estructuralismo: vale decir, un enfrentamiento con el Norte enarbolando las relaciones económicas internacionales que aparecían como estructuralmente injustas, y como causales de la dependencia e inestabilidad institucionales de la región.

Ese discurso económico tenía su contrapartida en la política exterior, donde se daba cobertura procurando una alianza con los socialismos europeos para consolidar un enfrentamiento político con los Estados Unidos de América.

De esta suerte nació lo que se dio en llamar el “Consenso de Cartagena”, preludio de lo que desde Buenos Aires se aspiraba a lograr como el “Club de Deudores”.

Es que en ese momento, el hecho de que la deuda externa de cuatro Estados del Tercer Mundo estuviera concentrada en Bancos privados y Entidades Multilaterales de Crédito, convertía a la debilidad en una fortaleza; de hecho, el entonces Ministro de Economía de Argentina, Bernardo Grinspun, entendía que “el problema de la eventual incobrabilidad era del acreedor, no del deudor”.

El Presidente argentino tuvo gestos internacionales que inquietaron a la Administración republicana del Presidente Reagan, particularmente cuando abogaba por la reincorporación de Cuba al sistema interamericano y el cese del hostigamiento al Gobierno nicaragüense.

Más allá de las malinterpretaciones, el pedido de la reincorporación de Cuba al sistema interamericano estaba directamente relacionada con el condicionamiento consistente en el cese de la ayuda a la guerrilla chilena del Frente Patriótico Manuel Rodríguez.

Raúl Alfonsín no tuvo un comienzo fácil de su Administración; se enfrentó con diversos grupos de poder internos e internacionales, y además con Chile, con quien se comparte la cuarta línea fronteriza más extensa del planeta, existía un conflicto que hacía tan solo cinco años había llevado a los dos Estados al borde de una guerra que, a no dudarlo, habría tenido consecuencias nefastas para el futuro común.

La aceptación de la propuesta papal sobre el diferendo de la zona del Canal de Beagle – totalmente desfavorable a la República de Chile-, permitió distender militarmente el límite común, y comenzar –a su vez- a presionar internacionalmente al Gobierno militar chileno para que existiera una salida institucional.

¹ Autor, Pablo Marcelo Wehbe, Profesor Adjunto Efectivo a cargo de la Titularidad de las Cátedras Derecho Internacional, Teoría de las Relaciones Internacionales y Derecho Penal en la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Río Cuarto, Córdoba, Argentina. El presente trabajo es un ensayo que compila información periodística de consulta pública de los medios del período del Gobierno del Dr. Raúl Alfonsín, y de esa manera pueden contrastarse dichas fuentes con lo aquí escrito.

Séptimas Jornadas de Medio Oriente

Por ello, el Presidente Raúl Alfonsín decidió congelar literalmente la relación bilateral, y no darle “oxígeno” al General Pinochet. Esto, sin quererlo, permitió que grupos radicales trasandinos, creyeran estar ante un potencial “aliado”, al decidir enfrentar por las armas al dictador. Dicha política fue llevada adelante por el denominado “Frente Patriótico Manuel Rodríguez”, el que según acusaciones de la cúpula militar chilena, golpeaba y encontraba “santuario” de este lado de la frontera.

Esa política llevada adelante por el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, perjudicó las ya inexistentes relaciones diplomáticas, debilitando incluso en el frente interno al Presidente Raúl Alfonsín ante las Fuerzas Armadas. Es en ese contexto en el cual el Gobierno argentino encaró una audaz política internacional para debilitar al Frente Patriótico Manuel Rodríguez y paralelamente forzar al Gobierno chileno a cumplir con su palabra, llamar al plebiscito e ir abriendo paulatinamente el espacio a los civiles.

El Contexto Internacional

1983. El año marca la continuidad del lento proceso de recuperación institucional por parte de los latinoamericanos que se había iniciado con el Presidente Hernán Siles Zuazo en Bolivia en 1982. En 1983 se sumó Raúl Alfonsín en Argentina y en 1985 Julio María Sanguinetti en Uruguay, Alan García en Perú y José Sarney en Brasil (el Presidente electo, Tancredo Neves, había fallecido sin asumir).

Desde 1981, gobernaba Estados Unidos de América el republicano Ronald Reagan. Representante de la “Nueva Mayoría Moral”, la “Nueva Derecha” norteamericana, Reagan encarnaba el personaje ideal para luchar contra el comunismo; sumado a una personalidad que lo hacía evaluar todo bajo la óptica del paradigma amigo-enemigo, Reagan usó y abusó del déficit fiscal para procurarse un poderío militar que fuera, verdaderamente inigualable.

De esta manera, el margen de acción con que contaban los “hermanos menores” del Jefe de Bloque eran menos que mínimos, por lo que cualquier desviación o provocación iba a ser duramente atacada.

Económicamente, el enorme déficit de la Administración Reagan significó un durísimo golpe para las deudas externas del Tercer Mundo, por cuanto subieron en forma astronómica los intereses y de esa manera se limitaban aún más las capacidades de solución de los Gobiernos democráticos para la pobreza, la miseria, la marginalidad.

Para la relación entre la República Argentina y los Estados Unidos, el advenimiento de Raúl Alfonsín no aparecía como algo positivo; de hecho, el Subsecretario para Asuntos Latinoamericanos, Elliot Abrahams, calificó al Presidente argentino de “desconfiable”.

Esto sucedía a mediados de la década del '80; el problema de las deudas externas de los países subdesarrollados era un serio obstáculo para las naciones más ricas de Occidente.

Un cartel de deudores o una moratoria unilateral que encadenara luego a otros países pendía como un peligro sin descanso sobre la seguridad financiera del Hemisferio Norte. Cuando Alfonsín se dejó convencer por el nuevo Ministro de Economía de 1985, Juan Vital Sourrouille, se alejó también de cualquier posibilidad de Club de Deudores y comenzó a recitar sus intenciones de entablar una negociación dúctil con los acreedores. Dentro de los países con fuertes compromisos financieros, en medio de actitudes que oscilaban entre comenzar a rebelarse y esperar a ver qué decidían los otros deudores, los tres líderes que hicieron punta fueron Fidel Castro (de Cuba), quien proponía un

Séptimas Jornadas de Medio Oriente

desconocimiento total y definitivo de todos los compromisos y la formación inmediata de una asociación de países deudores; Alan García (de Perú), que anunciaba que sólo pagaría lo que sobrara después de cubrir las necesidades de su país; y Raúl Alfonsín (argentino), quien se manifestaba con suma cautela frente a cualquier cartel, y se avenía a la conversación permanente con sus acreedores.

Si bien Alfonsín había ayudado además a morigerar la inicial protesta de Brasil, a través de la relación de amistad que mantenía con José Sarney, Méjico ensayaba una contestación sólo verbal, condicionado como está por fuertes lazos económicos y por una frontera común con los Estados Unidos. Un cartel sin Brasil, Méjico y la Argentina era una Asociación Vecinal.

La situación con la República de Chile

El Partido Comunista chileno ha sido históricamente una de las fuerzas políticas marxistas con más penetración electoral en Latinoamérica. En general, cosechó entre el 15% y el 20% de la voluntad electoral de Chile, mucho más que las pobres recolecciones que hacían otros Partidos Comunistas en la región. Su alianza con el Partido Socialista ha creado siempre una coalición capaz de disputar el triunfo a la poderosa Democracia Cristiana. Antes del golpe de Estado de Pinochet, los últimos Presidentes civiles habían sido el democristiano Eduardo Frei y el socialista Salvador Allende, aliado en esa ocasión con el partido Comunista.

Al final de la década del '70, cuando el pinochetismo llevaba más de cinco años en el poder, los comunistas llegaron a la conclusión de que no había otra solución para enfrentar al Gobierno de los militares que la vía armada. El Partido Comunista había tenido siempre una comisión encargada de temas militares, pero su función no era la de combatir, sino relacionarse con ellos. Esa comisión ofrecía tareas de inteligencia a los máximos dirigentes comunistas.

Cuando se decidió pelear en serio, el asunto no se encaró a través de esa comisión, sino que se creó una estructura con carácter autónomo. Militantes de la antigua comisión fueron desafectados de su anterior destino y pasaron a depender directamente del secretariado general del Partido Comunista, el máximo órgano ejecutivo de conducción. Con el argumento de la autodefensa ante un Pinochet cada vez más obsesivo contra el comunismo, los militantes fueron enviados a entrenarse militarmente a Angola, Etiopía, Cuba, Nicaragua y la Unión Soviética. Resultaron ser excelentes oficiales.

Se plasmaba así un escenario que traería bastante sangre en la parte occidental de la Cordillera de los Andes.

Las preocupaciones del Presidente Raúl Alfonsín

Durante 1987, la prioridad de Raúl Alfonsín fue restar argumentos al rol de los militares. Gran parte de la prédica de éstos consistía en advertir que su maltrecha situación los inhabilitaría para actuar cuando reapareciera la guerrilla o cuando la Nación necesitara defender sus fronteras. Para que el tiempo los desmintiera en vez de confirmarlos, el Presidente se avino a una negociación más flexible con Gran Bretaña (que la Sra. Margaret Thatcher abandonó cuando se produjo el cuartelazo de Semana Santa). También por eso decidió meterse en el proceso chileno y hacer lo posible para frenar el movimiento subversivo que había surgido en Santiago como una rama del poderoso Partido Comunista. En esa operación –una de las más secretas de la

Séptimas Jornadas de Medio Oriente

diplomacia alfonsinista-, no estuvo ausente la manifiesta voluntad del mandatario argentino de protagonizar los grandes acontecimientos de su tiempo. Desde el Kremlin a la Casa Blanca, todos debían reconocerlo como un jardinero que se ocupaba de que florecieran las mejores causas; por eso nada le era ajeno: ni lo que hacía la familia Stroessner en Asunción, ni la caída de Augusto Pinochet.

En el otoño avanzado del '87, cuando ya los militares habían sembrado la zozobra en Argentina, Alfonsín se reunió con los colaboradores que lo ayudaban en el diseño de la política exterior. Con el rostro preocupado y la palabra tensa, el Presidente explicó sus ideas sobre la dinámica guerrillera en Chile y las posibles resonancias en el país. Para él, la opción armada de los comunistas chilenos significaba peligro serio para la democracia argentina por dos razones fundamentales. La primera es que Chile tiene una frontera con Argentina medida en miles de kilómetros y eso hace incontrollable el tránsito de un lado al otro de guerrilleros chilenos. Era inevitable que, en algún momento de hostigamiento, los grupos subversivos buscaran protección clandestina en Argentina. El primer problema que surgiría sería diplomático; no se podía descartar que se creara la misma tensión diplomática que en algún momento hubo entre Francia y España, cuando París no quería expulsar a los insurgentes españoles, pero tampoco convertirse en el inexpugnable santuario de la intolerancia hispana.

La otra razón era más poderosa: si algo de eso llegaba a suceder, nada de lo que hiciera el Gobierno argentino sería suficiente para los militares. “Una sola acción de la guerrilla chilena aquí se multiplicaría por diez y nos tendrían a maltraer con una enorme campaña psicológica que nos acusaría de tolerar a la subversión”, pensaba Alfonsín.

En realidad, ya se habían registrado innumerables versiones sobre la presencia del grupo subversivo peruano “Sendero Luminoso” en las provincias del norte argentino; aunque la información jamás fue confirmada, varios voceros militares advirtieron dramáticamente sobre los enormes riesgos internos que esa presencia implicaba.

En esa reunión, Alfonsín les dijo a sus colaboradores que “debían resolver esa cuestión”.

Situación creada a partir de la decisión del Presidente argentino

Pero, ¿qué podía hacer el Gobierno argentino? ¿Levantar una muralla desde Jujuy hasta Tierra del Fuego? Movilizar al Ejército en toda esta zona, ¿no era concederle el protagonismo que Alfonsín no quería darle? La Cancillería concluyó en que había que descender a la raíz del conflicto: tratar de maniatar a la guerrilla chilena y de unir allí a los partidos del arco democrático, que se exhibían atomizados y desorientados, lo cual proporcionaba a Pinochet el liderazgo de la iniciativa política. Pero en el centro de la cuestión también estaba Cuba, el más importante proveedor de armas del Frente Patriótico Manuel Rodríguez.

A fines de Junio de 1987, el Canciller Dante Caputo convocó a su despacho al embajador de La Habana en Buenos Aires, Santiago Díaz Paz, con quien había trabado una estrecha relación personal. Empezaron a hablar del aporte cubano a la insurgencia antipinochetista. En el mes siguiente, un embajador político con militancia radical y con un alto cargo en Cancillería, aterrizaba en Santiago para actuar como delegado personal del Presidente argentino ante los dirigentes políticos chilenos y, sobre todo, ante el Partido Comunista, jefe estratégico del Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Se iniciaba

Séptimas Jornadas de Medio Oriente

así una danza en la que Alfonsín bailarían entre combates ajenos, en medio de una dinámica que no era la suya.

El proceso de intento de control al Frente Patriótico Manuel Rodríguez

En los primeros años de la década del '80, el trabajo previo que desembocaría en la feroz cruzada del Frente ya estaba listo. En 1983, el Frente ya era una presencia de violencia y sangre en Chile: atentaba contra funcionarios, militares, policías y oficinas públicas. Tanto el Partido Comunista como su brazo armado participaron también en la organización de grandes manifestaciones de protesta contra el severo plan de ajuste económico que por esos años pasaba por su peor momento. La rebeldía era protagonizada sobre todo por gente de condición muy humilde: se produjeron memorables choques con los carabineros chilenos y con otras fuerzas policiales especializadas en sofocar protestas callejeras.

Como quedó dicho, los comunistas habían concluido en que la rebelión social y la lucha armada eran la solución contra la dictadura. Pero había otros sectores que no pertenecían al ultraoficialismo y que no querían verse obligados a reconocer esa dinámica que planteaba la izquierda chilena. Una franja lúcida del pinochetismo y la Democracia Cristiana acordaron, con la mediación secreta de Estados Unidos, una estrategia común. El viejo político conservador Sergio Onofre Jarpa Reyes (embajador en Argentina), fue designado Ministro del Interior. Esa designación despertó gran expectativa popular en la inauguración de su gestión, al anunciarse que comenzaba una etapa de diálogo político entre los chilenos.

La Democracia Cristiana aceptó en el acto la nueva propuesta del régimen y el Partido Comunista se quedó entre las dos puntas del camino: una vertiente de la organización no quería terminar afuera del proceso político que se abría con Jarpa Reyes; la otra insistía en la vía del enfrentamiento. En realidad, fue en este momento cuando el Frente Patriótico Manuel Rodríguez nació oficialmente. La contradicción interna, por otra parte, inmovilizó a los dirigentes políticos del Partido Comunista.

Ni Jarpa Reyes ni Pinochet dieron nada a la oposición, pero la gestión de ese Ministro del Interior diezmó la tesis de la rebelión armada. Cumplió con su misión fundamental: desarticular el concepto de que no había salida sin violencia. La imagen pública que ofrecían exponentes del régimen de Pinochet, tratando de acordar con los dirigentes democristianos un nuevo estatuto político para Chile, ponía en serias dudas que las balas fueran el camino exclusivo y excluyente.

En una ocasión, Raúl Alfonsín envió a un delegado personal a entrevistarse con un representante del Frente. Posteriormente, evaluando con Alfonsín su visita a Chile, el enviado secreto argentino propuso una apertura de las relaciones diplomáticas con el Gobierno de Pinochet en tanto éste avanzara en un proceso democratizador. Las conclusiones finales de esa reunión pueden resumirse así: Argentina debía reforzar la legalidad en Chile, inclusive el respeto a las normas que surgían del propio régimen: el reciente Presidente de la Democracia Cristiana, Patricio Aylwin, no era un exponente del pinochetismo en la oposición, como acusaba el Partido Comunista. Debía descongelarse la relación con el Gobierno de Santiago, virtualmente muerta desde la firma del tratado de Paz y Amistad por el Beagle. En ese esfuerzo, Argentina violó muchas normas del Derecho Internacional Público....

Séptimas Jornadas de Medio Oriente

Para la decisión de operar en ambos sentidos, con el Gobierno y con la oposición, el delegado argentino encontró un puente ideal: era el Vicecanciller chileno, General Ernesto Videla.

Argentina debía dialogar con Cuba. Y Fidel Castro es un hombre perspicaz; existían en esos momentos algunos datos de la realidad internacional que no se le podían escapar. Gorbachov estaba ya en Moscú liderando el proceso de la perestroika y, por lo tanto, del reacomodamiento de la economía soviética a las necesidades internas de la más grande nación socialista. Cuba dejaría de ser, tarde o temprano, una prioridad para la metrópolis del comunismo.

En el sur de América, el grupo de Contadora –o “los ocho”, como ya lo llamaban-, había demostrado que podía enfrentar a los Estados Unidos si se trataba de frenar políticas intervencionistas. Pero además ese grupo podía reinsertar a Cuba en el sistema latinoamericano, del que había sido expulsada en 1962; Fidel Castro proyectaba inaugurar, desde allí, un diálogo con los Estados Unidos. La ambición del jefe cubano en esa oportunidad era precisamente encontrar una vía cualquiera que sirviera a la oficialización internacional de su régimen. Eso no se podía hacer sin, por lo menos, un acuerdo disimulado o implícito con los Estados Unidos. A partir de ahí, Castro podría dedicarse más a las necesidades de su sufrido pueblo que a los aprestos bélicos.

El Canciller Caputo y el embajador cubano prepararon una visita de 24 Hs. de Alfonsín a La Habana, en el marco de una gira internacional. Alfonsín y Castro se habían enfrentado indirectamente, después de 1985, por sus posiciones diferentes sobre la deuda externa.

Cuando pudieron encontrarse frente a frente, el líder cubano abrió la reunión con un largo monólogo sobre la vocación latinoamericana de su país, pero no hizo ninguna mención a la guerrilla chilena. El jefe del Gobierno argentino le contestó directo y cortante que “aspiraba a que Cuba se reincorporara al sistema latinoamericano, pero si el Estado caribeño continuaba apoyando al movimiento guerrillero de Chile tendría al Gobierno argentino como adversario al poner en riesgo la democracia de la región, poniendo en riesgo la de Argentina”.

Castro le respondió que “los Partidos Comunistas y los movimientos guerrilleros tenían sus propias autonomías, que no todo se decidía en La Habana y que muchas veces se enteraba de las cosas cuando ya estaban hechas y él personalmente discrepaba con ellas. No obstante, Cuba prometía que haría todo lo posible para enderezar al Frente Patriótico Manuel Rodríguez en el camino correcto”. Frente a esta respuesta, Raúl Alfonsín le dijo que “esté o no en los proyectos de la organización guerrillera, el ritmo creciente de su dinámica afectaría irremediablemente a Argentina, a él se le haría intolerable la situación y la democracia argentina entraría a hacer agua por todas partes”. Castro respiró, hizo un silencio eterno y le respondió: “quédate tranquilo que yo estaré de tu lado”.

La mediación dispuesta por Alfonsín recién había empezado a bucear en el ánimo de los contrincantes en Santiago cuando la caldera chilena amenazó con estallar. Los estertores se habían sentido, como nunca antes, en Buenos Aires, el 11 de Setiembre de 1987, en el aniversario del golpe que derrocó y mató a Salvador Allende. La virulencia de los

Séptimas Jornadas de Medio Oriente

revoltosos obligó a la intervención de la policía, pero ya habían roto parte de los amplios ventanales de la moderna sede diplomática.

Argentina continuaba navegando a dos aguas....procurando evitar no molestar al Gobierno chileno, pero al mismo tiempo limitarlo y forzarlo a una salida democrática.

Si Castro se comprometía a no seguir desbaratando el frágil tejido de la política chilena, el próximo paso debía ser el encuentro de los comunistas de Santiago con el resto de los dirigentes civiles. Los mediadores argentinos arreglaron la cita, que se hizo en Ecuador, en donde Alfonsín y Caputo –con la excusa de la asunción del Presidente Borja-, se encontraron con Volodia Teitelboim. Hasta el día de hoy se mantiene en secreto lo dialogado allí. Se sabe, sí, que Teitelboim era un delegado personal de Castro.

Los Comunistas chilenos querían participar del proceso democrático convocado por Pinochet luego de perder el plebiscito, frente a lo cual Dante Caputo les dijo que “según su entender, el proceso democratizador en Chile no sería legítimo si no participara de él el Partido Comunista, pero el realismo político indicaba que no podían aspirar al Gobierno ahora y ni siquiera integrar una alianza con posibilidades de triunfo, porque la balanza no se podía forzar de esa manera: simplemente, no se movería”.

Pinochet jamás levantó la proscripción al Partido Comunista, pero la reunión de Ecuador sirvió para que la oposición civil chilena comenzara a dialogar en conjunto.

Conclusión

El régimen militar perdió el plebiscito. Pinochet no pudo aspirar a la reelección. Pinochet jamás pudo digerir tamaño desplante de los chilenos.

El democristiano Aylwin resultó luego elegido Presidente de Chile por la misma Concertación Democrática que se había formado con exclusión del comunismo. Pero en esa elección el Partido Comunista y el ala moderada del Frente Patriótico Manuel Rodríguez llamaron finalmente a votar por el candidato de la oposición unida. Para decidir ese apoyo, contó con el decisivo impulso del ahora hipermoderado Volodia Teitelboim, quien solía decir que “no querían terremotos y por ello no pondrían entre la espada y la pared al Gobierno de Aylwin”.

A Pinochet le desagradó en todo momento la mediación argentina. Influían varias causas. Su creciente aislamiento del mundo le había reverdecido el ímpetu nacionalista que siempre lo acompañó. No concebía además una intromisión en su país de la misma nación con la que había estado a punto de guerrear diez años antes. Sólo la influencia de su Vicecanciller, el General Videla, morigeró sus enormes ganas de dar vuelta la mesa. El General diplomático creía –como Alfonsín-, que la guerrilla chilena se internaría en Argentina tarde o temprano. Pero en medio de la gestión argentina asumió en Santiago un nuevo Canciller, el aristócrata Hernán Errázuriz. En la primera reunión con su colega argentino, eludió el lenguaje diplomático propio de su cargo y de su condición social, y le gritó a Dante Caputo “¡déjennos en paz!”. La expresión develaba otra causa de la ofuscación del Gobierno de Santiago: cualquier acción pacificadora quebraba la lógica de la continuidad de Pinochet.

De cualquier forma, el caudillo militar chileno jamás aludió a Alfonsín en público mientras éste fue Gobierno. Cuando el líder radical ya no estaba en la Casa Rosada, Pinochet aprovechó la primera oportunidad para acordarse de él, y no en buenos términos. Promediaba la campaña electoral chilena y convocó a la población a votar en

Séptimas Jornadas de Medio Oriente

contra de Aylwin: “Chilenos, no permitan que desaten aquí el caos de Alfonsín”, se despachó.

¿Cuál ha sido realmente la influencia argentina en el proceso de democratización de Chile? La pregunta ha tenido respuestas diferentes. Los diplomáticos argentinos que actuaron en esos momentos están convencidos de que su aporte fue decisivo. Según ese punto de vista, la oposición civil necesitaba de un argumento para volverse a reunir, después de una década y media de distanciamientos y resquemores: el pretexto fue la mediación argentina. La oposición civil no comunista carecía de medios, por otro lado, para llegar hasta el principal despacho de La Habana y convencer a su dueño de la necesidad de serenar la política chilena para apurar los tiempos electorales. Además, si llegaban, ¿qué podían ofrecer a cambio? Sólo un líder extranjero estaba en condiciones de hacer bajar a Teitelboim desde Moscú con un telefonazo. Ese habría sido el ramillete de condiciones que creó Argentina para invertir el orden de las cosas en Santiago y aislar a Pinochet y a la guerrilla.

Expresiones objetivas de la política chilena creen, en cambio, que el Gobierno de Alfonsín ayudó a apresurar un reloj que ya estaba en marcha. Cuando llegó la primera delegación a Santiago ya se había lanzado el plebiscito y estaba escrita de antemano la derrota del pinochetismo. El Partido Comunista sobrellevaba una soledad política intolerable por mucho tiempo más y cualquier reincorporación al arco democrático debía pasar por su compromiso de no violencia. Castro no podría ignorar esta realidad interna y debería, más aquí o más allá, cancelar sus envíos de armas. Esta versión acepta que la presión de Buenos Aires sobre la Habana evitó mucha sangre chilena, pero le asigna importancia también al rol que cumplieron los Estados Unidos para controlar a Pinochet. “Fue oportuno que Argentina se ocupara de Castro mientras Estados Unidos se ocupaban de Pinochet. Eso permitió a la dirigencia política chilena trabajar tranquila, por un lado, y descubrir la inminencia de su responsabilidad, por el otro”, dice una fuente de la Democracia Cristiana chilena.

Más allá de todo esto, la irrupción de la violencia en la política doméstica chilena obligó al Gobierno argentino a alterar su inicial convicción de no relacionarse con Pinochet para evitar que, más temprano que tarde, esa situación repercutiría negativamente en la política argentina, afectando institucionalmente al país.

La actitud de las autoridades argentinas, a desgano de las de su vecino Chile, habría permitido limitar el margen de maniobras de Pinochet, al tiempo que obligaron a Castro a dejar de alimentar al Frente Patriótico Manuel Rodríguez, en la convicción de que la continuidad de ese accionar terminaría inclusive perjudicando al Comunismo, al acentuar la lógica de persecución del Gobierno.

IV Congreso de Relaciones Internacionales

La Plata, República Argentina, 26, 27 y 28 de noviembre de 2008

Séptimas Jornadas de Medio Oriente

Fuentes

Las principales fuentes fueron entrevistas personales con el Ex Presidente Raúl Alfonsín, el Ex Canciller Dante Mario Caputo, y el libro “Asalto a la Ilusión” (Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1992), del periodista Joaquín Morales Solá.